JUDÍOS *VERSUS* ROMA

BARRY STRAUSS

JUDÍOS *VERSUS* ROMA

Dos siglos de rebelión contra el Imperio más poderoso del mundo

Traducción de Oriol Regué

edhasa

Consulte nuestra página web: https://www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Jews vs. Rome*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Sábat

Imagen de la cubierta: Detalle del Arco de Tito, en el Foro Romano. © Alamy

Primera edición: noviembre de 2026

© 2025 by Barry Strauss
Todos los derechos reservados
Published by arrangement with the original publisher, Simon & Schuster, LLC
© de la traducción: Oriol Regué, 2026
© de la presente edición: Edhasa, 2026
Diputación, 262, 2º1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2772-4

Impreso por Gómez Aparicio S. L.

Depósito legal: B 19931-2026

Impreso en España

Para nuestros hijos, Michael y Sylvie

Índice

Nota del autor 11
Cronología 13
Personajes 15
Prólogo 23

1. Pompeyo, Pacoro y Herodes. 29
2. La guerra por el legado de Herodes 61
3. El tránsfuga y la conversa 83
4. Y llegó la guerra 113
5. La guerra en el norte 141
6. Los defensores de Jerusalén 171
7. Tito en Jerusalén 193
8. Supervivientes 219
9. Masada. 245
10. Trajano, Partia y la revuelta de la Diáspora 273
11. Bar Kojba 293

Epílogo 325
Glosario de topónimos 339
Agradecimientos 343
Bibliografía 347
Notas 369
Índice analítico 403

Nota del autor

Los nombres antiguos, salvo algunas excepciones, se escriben siguiendo las convenciones de las obras de referencia habituales: Ehsan Yarshater, ed., *Encyclopaedia Iranica* (Nueva York: Columbia University, Center for Iranian Studies, 1996); Sander M. Goldberg, *Oxford Classical Dictionary*, 5.ª ed. (Oxford, Reino Unido: Oxford University Press, 2016); Fred Skolnik y Michael Berenbaum, eds., *Encyclopaedia Judaica*, 2.ª ed. (Detroit: Macmillan Reference USA en asociación con Keter Publishing House, 2007).

Las citas siguen las normas de *The Chicago Manual of Style Online*, https://www-chicagomanualofstyle-org.proxy.library.cornell.edu/home.html. Las obras rabínicas se citan conforme a las normas de la Association for Jewish Studies, https://www.associationforjewishstudies.org/publications-research/ajs-review/submission-instructions.

Para los lugares antiguos que hoy corresponden a ciudades modernas bien conocidas, he empleado los nombres actuales; por ejemplo, Atenas, Jerusalén y Roma.

«Judea», que en inglés también se escribe a veces «Judaea», tiene varios significados. Por un lado, designa un país que fue primero un reino independiente y después una provincia del Imperio romano. Por otro, designa una región de ese país, en concreto Jerusalén y su territorio circundante. Para evitar confusiones, denomino Judea a la provincia y al reino, y Judá a la región. En hebreo, ambos nombres corresponden a una misma palabra, Yehudah; en latín, *Iudaea*.

Cronología

Pompeyo conquista Jerusalén — 63 a. C.
Ezequías realiza incursiones en la Siria romana — 46 a. C.
Pacoro invade Judea — 40 a. C.
Herodes el Grande gobierna Judea — 37-4 a. C.
Varo sofoca una revuelta en Judea — 4 a. C.
Roma se anexiona Judea — 6 d. C.
Judas el Galileo y Sadoc encabezan una revuelta contra los impuestos — 6 d. C.
Poncio Pilato es prefecto de Judea — 26-36 o 37 d. C.
Crucifixión de Jesús de Nazaret — *ca.* 30 d. C.
Calígula exige que se erija una estatua suya en el Templo de Jerusalén — 39 o 40 d. C.
Agripa I es rey de Judea — 41-44 d. C.
Tiberio Julio Alejandro es procurador de Judea — 46-48 d. C.
Los sicarios actúan en Judea — décadas de 50 y 60 d. C.
Derrota romana ante Partia en Randea — 62 d. C.
Floro es procurador de Judea — 64-67 d. C.
Estallido de la Gran Revuelta — 66 d. C.
Batalla de Bet Horón — 66 d. C.
Conquista de Jotapata y Gamala — 67 d. C.
Año de los Cuatro Emperadores — 69 d. C.
Destrucción de Jerusalén y del Templo — 70 d. C.
El rabino Johanán ben Zakkai funda la academia de Yavne — *ca.* 70 d. C.
Triunfo de Vespasiano y Tito — 71 d. C.
Caída de Masada — 74 d. C.
Berenice en Roma — 75-79 d. C.

Guerra de Trajano contra Partia — 115-117 d. C.
Revuelta de la Diáspora — 116–117 d. C.
Adriano refunda Jerusalén con el nombre de Aelia Capitolina — 130 d. C.
Rebelión de Bar Kojba — 132-136 d. C.
Finalización de la Mishná — *ca*. 200 d. C.
Revuelta de Galo — 351-352 d. C.
Finalización del Talmud palestino —o de Jerusalén— y del Talmud babilónico — *ca*. 400 - *ca*. 500 d. C.
Sasánidas, bizantinos y musulmanes conquistan sucesivamente Jerusalén — 614-638 d. C.

Personajes

POMPEYO (CNEO POMPEYO MAGNO), 106-48 a. C. Destacado general y estadista romano, Pompeyo conquistó Judea en 63 a. C. y puso fin a su independencia.

PACORO (PAKUR), *ca.* 38 a. C. Príncipe parto que quizá reinó como Pacoro I. Invadió el Oriente Próximo romano y entronizó en Judea a un rey favorable a Partia.

HERODES EL GRANDE, *ca.* 73-4 a. C., rey de Judea entre el 37 y el 4 a. C. Gobernante ambicioso, tiránico y sanguinario, célebre como constructor, Herodes trató de convertir Judea en el más leal de los Estados clientes de Roma, pero se enfrentó a la oposición de los judíos.

AUGUSTO (ANTES, OCTAVIANO), 63 a. C. - 14 d. C. El brillante Augusto puso fin a una época de guerras civiles y se convirtió en el primer emperador de Roma. Trató a Herodes como un valioso aliado en el Oriente romano.

AGRIPA I (también conocido como Herodes Agripa; su nombre romano era Marco Julio Agripa), 10 a. C. - 44 d. C., reinó entre el 41 y 44. Nieto de Herodes el Grande, fue educado en Roma, contribuyó a que Claudio se convirtiera en emperador y fue recompensado con el reino de Judea. Gobernante enérgico y popular, murió prematuramente entre rumores de envenenamiento.

TIBERIO JULIO ALEJANDRO, *ca.* 15 - después del 71 d. C. Miembro de una familia de la élite de Alejandría, se apartó de su herencia judía y ascendió a los puestos más elevados de la jerarquía romana. Entre otros cargos, ejerció como procurador de Judea (46-48 d. C.) y como jefe del Estado Mayor de Tito durante el asedio de Jerusalén (70 d. C.).

HELENA, REINA DE ADIABENE, *ca.* 60 d. C. Esposa y madre de reyes de Adiabene, un Estado cliente de Partia. Helena y sus hijos se convirtieron al judaísmo. Vivió en Jerusalén y forjó unos vínculos que más tarde propiciaron la participación de los adiabenos en la Gran Revuelta.

NERÓN (NERÓN CLAUDIO CÉSAR DRUSO GERMÁNICO), 37-68 d. C., emperador entre el 54 y el 68 d. C., célebre por su decadencia, aunque no carente de cualidades de estadista. Su codicia y su favoritismo hacia la población griega de Judea desencadenaron la Gran Revuelta de los judíos contra Roma.

JOSEFO (José, hijo de Matatías; más tarde, TITO FLAVIO JOSEFO), *ca.* 37 - después del 100 d. C. Nacido en el seno de la aristocracia de Jerusalén, Josefo combatió primero con los rebeldes y después desertó al bando romano. Pasó el resto de su vida en Roma con el apoyo económico del emperador. Escribió *Antigüedades judías* y *Guerra judía*, entre otras obras.

JUAN DE GISCALA, *ca.* después del 70 d. C. Tras encabezar la oposición a Roma en su ciudad natal, en Galilea, Juan huyó a Jerusalén acompañado de sus partidarios. Fue una figura destacada entre los rebeldes hasta el final.

SIMÓN, hijo de Giora, *ca.* 71 d. C. Comandante judío durante la Gran Revuelta del 66-70 d. C., participó tanto en las luchas internas como en la defensa de Jerusalén. Los romanos lo consideraban el jefe de los rebeldes.

VESPASIANO (TITO FLAVIO VESPASIANO), 9-79 d. C. General romano que reconquistó la mayor parte de la Judea rebelde en el 67-68 d. C. Vespasiano salió victorioso del Año de los Cuatro Emperadores (69 d. C.), fundó la dinastía Flavia y reinó como emperador entre el 69 y el 79 d. C.

TITO (TITO CÉSAR VESPASIANO), 39-81 d. C. Hijo de Vespasiano, conquistó Jerusalén en el 70 d. C. y destruyó tanto la ciudad como el Templo, victoria por la que celebró un triunfo junto a su padre en el 71 d. C. Tito reinó como emperador entre el 79 y el 81 d. C.

BERENICE, n. 28 d. C. Oficialmente, Julia Berenice, aunque más conocida como Berenice, era hija del rey Agripa I y reina en virtud de su matrimonio con el rey de Calcis. En el año 66 trató, sin éxito, de impedir la Gran Revuelta. Después apoyó a los romanos. Berenice mantuvo una larga relación amorosa con Tito.

VOLOGASES I (Balsh o Walgash, en parto) reinó *ca.* años 51-79 d. C. Uno de los gobernantes más exitosos de Partia, restableció frente a Roma el control de Armenia, pero durante la Gran Revuelta se negó a intervenir en Judea contra los romanos.

RABINO JOHANÁN BEN ZAKKAI, siglo I d. C. La tradición judía lo considera el principal sabio en la época de la destrucción del Templo. Se dice que escapó de la Jerusalén sitiada y obtuvo de Vespasiano permiso para fundar una academia en Yavne, donde instauró algunas de las prácticas que permitieron la supervivencia del judaísmo.

TRAJANO (MARCO ULPIO TRAJANO), *ca.* 53-117 d. C., emperador entre el 98 y el 117 d. C. Invadió el territorio parto y trató de conquistar Armenia y Mesopotamia (115-117 d. C.), pero fracasó, en parte debido a una revuelta que estalló en la Diáspora judía durante su campaña.

SIMÓN BAR KOJBA, m. 135 d. C. Encabezó una revuelta que estalló en Judea en el 132 d. C. Nacido como Bar Koseva –a veces, Ben Koseva–, algunos lo aclamaron como el mesías, lo que dio origen a su sobrenombre de Bar Kojba, literalmente, «hijo de una estrella».

ADRIANO (PUBLIO ELIO ADRIANO), 76-138 d. C. Emperador entre el 117 y el 138 d. C., Adriano decidió reconstruir la arruinada Jerusalén como una colonia romana pagana. Probablemente, esta decisión desencadenó la sangrienta rebelión de Bar Kojba (132-136 d. C.).

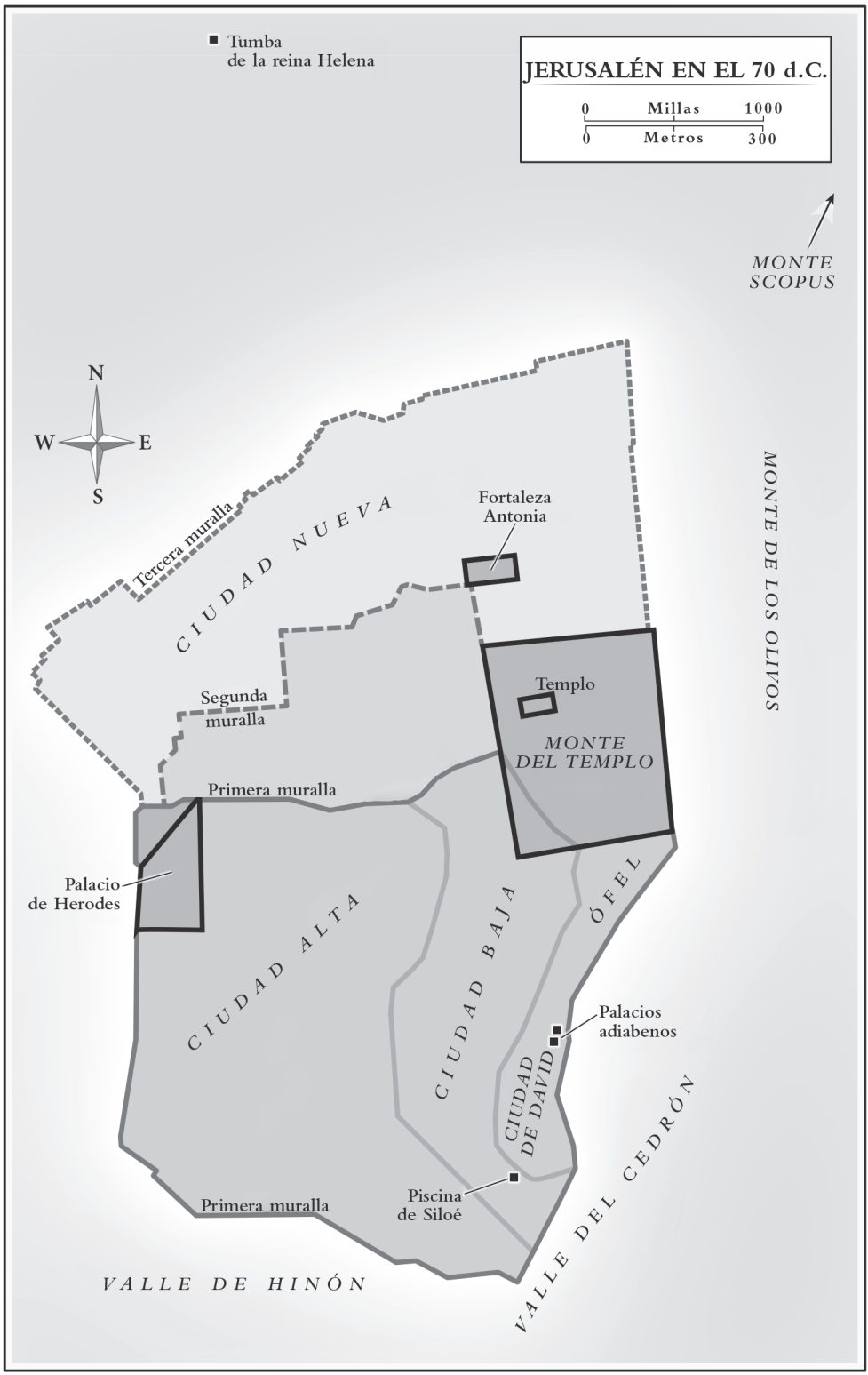
RABINO JUDÁ EL PRÍNCIPE (YEHUDÁ HA-NASÍ), finales del siglo II - principios del siglo III d. C. El rabino más destacado de su generación redactó, junto con sus discípulos, la Mishná, que, junto con el Talmud, redactado unos siglos después, constituye el texto fundamental del judaísmo rabínico.

GALO (FLAVIO CONSTANCIO GALO CÉSAR), m. 354 d. C. Sofocó una insurrección judía en Palestina en algún momento del 351-352 d. C., recordada como la revuelta de Galo.

PATRICIO, dirigente judío de la revuelta de Galo del 351-352 d. C., posiblemente considerado por algunos el mesías.

COSROES II, *ca*. 570-628 d. C., reinó entre el 590 y el 628 d. C. Ambicioso monarca sasánida cuyos ejércitos conquistaron buena parte del Imperio romano de Oriente, incluida Palestina.

HERACLIO, *ca*. 575-641 d. C., emperador romano de Oriente –bizantino– entre el 610 y el 641 d. C. Heraclio recuperó los territorios conquistados por Cosroes II, incluida Palestina, pero no tardó en perderlos ante la nueva potencia en ascenso del islam.


Tumba
de la reina Helena
JERUSALÉN EN EL 70 d.C.
0 Millas 1000
0 Metros 300
MONTE
SCOPUS
N
W
E
S
Tercera muralla
CIUDAD NUEVA
Fortaleza
Antonia
MONTE DE LOS OLIVOS
Templo
MONTE
DEL TEMPLO
Segunda
muralla
Primera muralla
Palacio
de Herodes
CIUDAD ALTA
CIUDAD BAJA
ÓFEL
Palacios
adiabenos
CIUDAD
DE DAVID
Piscina
de Siloé
Primera muralla
VALLE DEL CEDRÓN
VALLE DE HINÓN


Mar del Norte
BOSQUE DE TEUTOBURGO
OCÉANO ATLÁNTICO
DALMACIA
Urbs Salvia
Roma
Puteoli
IMPERIO ROMANO
Atenas
Corinto
Mar Mediterráneo
MAURITANIA
AFRICA PROCONSULAR
Cirene
CIRENAICA


ROMA Y PARTIA
0
Millas
1000
0
KM
1000
N
W
E
S
Mar Negro
Mar Caspio
ARMENIA
PROVINCIA
DE ASIA
Zeugma
del Éufrates
Antioquia
ADIABENE
Arbela
Hatra
Río Éufrates
Río Tigris
MESOPOTAMIA
Ecbatana
PARTIA
IMPERIO
PARTO
CHIPRE
SIRIA
JUDEA
Ctesifonte
Babilonia
Alejandría
Petra
NABATEA
Fortaleza de Espasines
PÉRSIDE
Golfo Pérsico
Mar Rojo
Mar Arábigo


JUDEA
0 Millas 40
0 Km 40
N
W E
S
Damasco
Tiro
Cesarea de Filipo
GAULANÍTIDE (GOLÁN)
MAR MEDITERRÁNEO
Giscala
Ptolemaida
GALILEA
Gamala
Jotapata
Mar de Galilea
Tiberíades
Hipos
Séforis
Nazaret
DECÁPOLIS
Cesarea Marítima
SAMARIA
Escitópolis
Pella
Río Jordán
Sebaste
Jope
Lida
PEREA
Yayne
Jericó
Jerusalén
Qumrán
JUDÁ
Betar
Belén
Ascalón
Herodión
Maqueronte
Gaza
MAR MUERTO
En Gedi
Masada
IDUMEA
NABATEA

Prólogo

Fue una época de intrigas despiadadas y anhelos mesiánicos, de insurrección e imperialismo, de guerras geopolíticas cuyos ecos todavía resuenan en el mundo moderno.

El periodo comprendido entre el 63 a. C. y el 136 d. C. estuvo marcado por dos siglos de violencia y revolución. Fue testigo del declive y la caída de la República romana, del ascenso de la Roma de los césares y de sus continuas guerras por la hegemonía contra el imperio iranio de Partia, el único rival imperial que le quedaba a Roma tras la conquista de Cartago y de los reinos helenísticos.

En medio de todo ello, atrapado tanto geográfica como políticamente, se encontraba el hervidero de la pequeña Judea: escenario de las insurgencias más tenaces contra Roma y suelo en el que empezarían a germinar las semillas tanto del judaísmo rabínico como del cristianismo.

Judea luchaba por su supervivencia como religión, como pueblo y como nación. Se hallaba atrapada entre países e imperios que la superaban muchas veces en tamaño y fuerza; tenía que maniobrar entre aliados y enemigos en constante cambio y afrontar una hostilidad mutua con sus vecinos. Puesto que Judea no era un Estado unificado, sufría conflictos étnicos dentro de sus propias fronteras. Mientras tanto, el grupo dominante en Judea, el pueblo judío, luchaba en su seno por el poder, la influencia y las distintas concepciones de una vida santa.

Para el lector actual, esta historia puede resultar dolorosamente familiar. De hecho, los nombres de muchos campos de batalla que aparecen en estas páginas son, de manera inquietante, los mismos que hoy figuran en las noticias. Los protagonistas de nuestra historia

siguen siendo célebres, y las consecuencias históricas de aquella época continúan acompañándonos. Tampoco son exclusivos de aquel tiempo los desafíos a los que se enfrentó Judea hace dos mil años. Los países pequeños, y también los grandes, siguen afrontándolos en nuestro tiempo.

Espero que la historia de este periodo, de estas gentes y de estas luchas ayude a contextualizar el choque de civilizaciones que presenciamos hoy y a comprender más profundamente las fuerzas que lo impulsan.

Sería difícil exagerar el grado de excitación, expectación, ansiedad y sed de sangre que caracterizó aquella época. ¡Qué explosión de creatividad y destrucción! Aquéllos fueron dos de los siglos más dramáticos y trascendentales de la historia. Y, para el pueblo judío en particular, resultaron catastróficos.

Los judíos vivieron una época de revoluciones: más de un siglo de pequeños levantamientos que culminaron en tres grandes guerras, la Gran Revuelta, también conocida como la guerra judía, del 66 al 74 d. C.; la revuelta de la Diáspora, 116-117 d. C., y la rebelión de Bar Kojba, entre 132-136 d. C. ¿Y contra quién se rebelaron los judíos? Nada menos que contra el que quizá fuera el mayor imperio de la historia: Roma.

Desde las Tierras Altas de Escocia hasta los montes Atlas, desde el océano Atlántico hasta el río Éufrates y, por un momento, incluso hasta el golfo Pérsico, Roma gobernaba un territorio inmenso. Regía lo que un escritor romano llamó «la inconmensurable majestad de la paz romana».[1] Cincuenta millones de personas vivían bajo dominio romano en lo que entonces era, junto con la China de los Han, el mayor imperio de la Tierra.

Entre otros logros, Roma conquistó a todos los pueblos que rodeaban el mar Mediterráneo y los unió bajo un solo gobierno por primera y única vez en la historia.

Y, sin embargo, en el transcurso de setenta años, los judíos, uno de los muchos pueblos sometidos al dominio romano, se rebelaron no una, sino tres veces. Ningún otro pueblo del Imperio –y fueron muchas las naciones rebeldes– acumuló un historial semejante. Dos

de las rebeliones tuvieron lugar en la patria judía, Judea; la tercera, en la Diáspora, entre las comunidades judías emigradas.

Hoy se discute sobre los nombres de Israel y Palestina, pero eso no tiene nada de nuevo. En la Antigüedad también se discutía sobre el nombre del país, pues tanto Israel como Palestina están atestiguados desde mucho antes de que Roma apareciera en escena. En época romana, el país se llamaba comúnmente Judea. El nombre judío más antiguo del país, preferido por algunos patriotas, era Israel. Está atestiguado ya en el siglo XIII d. C.[2]

La mayoría de las rebeliones estallaban en provincias recién conquistadas. Judea era distinta: no era una conquista reciente. De hecho, Roma había sometido Judea en el 63 a. C., más de ciento veinte años antes de la revuelta judía del 66 d. C.Y Judea se había convertido en aliada de Roma aun antes, en el 160 a. C. Los observadores atentos deberían haber visto venir la tormenta, dada la agitación que había vivido Judea en los años anteriores. Pero la revuelta tomó por sorpresa a Roma, lejana y preocupada por otras provincias de mayor tamaño.

Los rebeldes del año 66 a. C. humillaron a las legiones romanas. Primero amenazaron con contribuir a una derrota romana a manos del único imperio rival al que Roma todavía temía; más tarde lo consiguieron. Antes de que finalmente fueran sofocadas, las rebeliones costaron a las legiones un enorme precio en sangre y recursos. Una Roma sedienta de venganza respondió con una ferocidad no vista desde la destrucción de Cartago dos siglos antes.

Los rebeldes eran combatientes por la libertad, audaces y heroicos, y en esa medida merecen nuestra admiración. Pero también fueron sanguinarios y víctimas del autoengaño. Las revueltas fueron grandiosas, pero estaban desencaminadas. ¿Cómo podían aspirar los rebeldes a derrotar a los poderosos romanos? Representaban una gran marea de ira y violencia que a veces se volvía contra sí misma, al menos en la Gran Revuelta, porque aquella guerra judía contra Roma fue también una guerra de judío contra judío: una guerra civil judía.

Para la historia judía, las rebeliones contra Roma marcan un punto de inflexión decisivo. Costaron la vida a cientos de miles de judíos, mandaron a muchos supervivientes a la esclavitud y al exilio,

y redujeron al pueblo judío a una posición secundaria en su propia patria. De hecho, las revueltas pusieron en duda que los judíos pudieran sobrevivir allí, aunque no acabaron con su presencia. Es un error común creer que los romanos pusieron fin a la presencia judía en la Tierra de Israel.

No lo hicieron, pero causaron daños enormes. Roma destruyó la capital judía, Jerusalén, y su máxima gloria, el Templo. Puso fin a los sacrificios diarios que constituían el corazón del judaísmo y arruinó al sacerdocio que los llevaba a cabo. Roma diezmó a la mayor y más prestigiosa comunidad judía de la Diáspora del Imperio romano: la de Egipto.

Como si quisiera echar sal en la herida, Roma cambió el nombre del país de Judea («tierra de los judíos») a Siria Palestina, o simplemente Palestina («tierra de los filisteos»). En ningún otro caso castigaron los romanos a una provincia rebelde cambiándole el nombre. Ahora bien, ningún pueblo se había rebelado tan a menudo como los judíos.

Hay un fuego sagrado que arde en el corazón de los guerreros y conduce a la gloria o al olvido. Durante dos siglos ardió en el corazón de la nación que protagoniza este libro: el pueblo judío. Los mesías avivaron el incendio. Incluso los sacerdotes, reacios al principio, acabaron deslumbrados por aquella luz incandescente. Los hombres sensatos vieron el poder destructor del fuego e intentaron apagar las llamas. Ninguno lo consiguió. Correspondió a los romanos ahogar el incendio en ríos de sangre.

Sólo entonces surgió de las ruinas una nueva generación de rabinos y convirtió el fuego en luz. Al mismo tiempo, empezó a crecer otro vástago de la experiencia judía de aquella época turbulenta: el cristianismo.

El pueblo judío sobrevivió y aprendió a convertirse en una religión sin Estado. Veinte siglos después, creó un Estado soberano en su patria ancestral, Israel. La supervivencia de los judíos es uno de los grandes ejemplos de resiliencia de la historia. Paradójicamente, el mismo fuego espiritual que impulsó a algunos hombres a entablar, con imprudencia pero también con valentía, una lucha desigual con-

tra un imperio inflexible inspiró asimismo la resistencia judía a lo largo de los milenios.

Roma no era el único imperio en juego: también estaba Partia. Los partos, astutos descendientes de nómadas jinetes, crearon un poderoso reino, originado en lo que hoy es Irán, que se extendía desde el actual Turkmenistán hasta Siria. El Imperio parto dominaba las rutas comerciales más ricas del mundo, entre China, la India y Arabia, por un lado, y el mundo mediterráneo, por otro. Partia era el único imperio que quedaba en la órbita de Roma capaz de desafiar su poder.

Y Partia lo desafió: al comienzo de la Gran Revuelta ya había infligido a Roma, una tras otra, varias derrotas catastróficas. De vez en cuando Roma se vengaba, pero aquellas derrotas escocían.

Judea, situada cerca del límite oriental del Imperio romano, miraba en ambas direcciones. Hacia el oeste, la Diáspora judía se extendía hasta Egipto y Libia, y llegaba hasta la propia Roma y más allá. Hacia el norte, alcanzaba Chipre, Siria y Asia Menor. La Diáspora se extendía también hacia el este, hasta Mesopotamia, donde la población judía se concentraba en la región de Babilonia. Era territorio parto, y sus habitantes mantenían estrechos vínculos con Judea.

La frontera entre ambos imperios solía estar abierta, y los judíos viajaban de un lado a otro como diplomáticos, soldados, comerciantes, estudiosos, sabios y peregrinos. Roma recelaba de la lealtad de Judea, y no sin razón. Era una tradición consagrada por el tiempo que un Estado pequeño utilizara a una gran potencia contra otra. Cuando Roma miraba a Judea, veía la sombra de Partia.

Se han escrito muchos libros sobre las revueltas judías contra Roma. La investigación es magnífica, y reconozco con gratitud y humildad mi deuda con ella. La aportación de este libro consiste en centrarse en la posición singular del Estado judío entre Oriente y Occidente, entre Partia y Roma. La narración se abre paso por un mundo cuyos habitantes se sentían igual de cómodos con el apocalipsis que con la geoestrategia.

Este libro convoca a los fantasmas de los hombres y mujeres del pasado, a menudo olvidados, cuyas grandes y admirables hazañas no

deberían quedar sin gloria, como dijo hace mucho tiempo Heródoto, el padre de la historia.

Nuestra historia comienza en el 63 a. C., cuando Roma conquistó Judea. En aquel momento, Judea era un país independiente y estaba orgullosa de la independencia conquistada con tanto esfuerzo frente a sus señores grecosirios; era el primer Estado judío independiente en más de cuatro siglos. Ahora Roma le arrebataba esa independencia. La mayoría de los judíos sintieron profundamente aquella pérdida. El resultado fue un descontento constante y turbulento que de vez en cuando estallaba en rebelión abierta, y eso antes de que empezara la Gran Revuelta en el 66 a. C.

Hubo un ciclo aparentemente interminable de disidentes, rebeldes y profetas del cambio. El mesianismo ganó popularidad. Para mantener el control de Judea, Roma debía ejercer una vigilancia constante, dosificar el palo y la zanahoria, y recurrir a colaboradores locales. El sistema funcionó hasta que dejó de hacerlo.

En el 63 a. C. aún faltaba más de un siglo para la Gran Revuelta, pero todos sus elementos estaban ya presentes en embrión: la agresión romana, la división judía entre aceptación y rebelión, la intervención parta, la política de poder y las esperanzas mesiánicas, y el conflicto étnico entre judíos y gentiles en Judea. Los mismos temas volverían a resonar una y otra vez durante los dos siglos siguientes. Para comprenderlos, debemos empezar por el principio.

Capítulo 1
Pompeyo, Pacoro y Herodes

Los sesenta años comprendidos entre el 63 y el 4 a. C. fueron de los más dramáticos en los anales del pueblo judío, una nación que ya había experimentado una historia de revelación, exilio, retorno y revolución. Aquellas seis décadas trastornaron la vida en Judea, la patria judía. A comienzos del 63 a. C., Judea era libre e independiente; al terminar el año, se había convertido en un Estado cliente del Imperio romano. Durante los veinticinco años siguientes sufrió primero la invasión de Roma, después la de Partia y, por último, una nueva invasión romana. Cuando los romanos lograron imponer definitivamente su dominio, instalaron en el trono a un usurpador judío. Gobernó el país con mano de hierro y afición por el esplendor despótico. Reconstruyó el Templo de Jerusalén y devolvió a Judea unas dimensiones semejantes a las que había tenido siglos antes bajo los reyes David y Salomón. Pero el precio fue la tiranía y, a ojos de muchos judíos, unas concesiones excesivas a Roma y a la cultura de los griegos, que constituían una parte considerable de la población urbana del reino cliente. Los griegos apoyaban con entusiasmo a Roma como contrapeso frente a sus vecinos judíos. Mientras unos judíos colaboraban con Roma, otros predicaban la resistencia o participaban en actos de sedición y violencia. Cuando el rey cliente de Roma murió en el 4 a. C., la sedición se transformó en rebelión abierta. Fue, sin duda, un periodo dramático, aunque uno de sus acontecimientos más trascendentales se produjo discretamente.

Al final de aquella era, quizás en el 4 a. C., nació en Belén el fundador de una de las grandes religiones del mundo.

Judea antes de Roma

Unos seiscientos años antes del comienzo de la era común –antes del nacimiento de Cristo, para los cristianos–, los judíos[1] marcharon al exilio. El Imperio neobabilónico saqueó Jerusalén, destruyó el Templo y deportó a la élite judía a Babilonia. Varias décadas después, un nuevo pueblo imperial, los persas, conquistó a los neobabilonios. El soberano persa Ciro el Grande es uno de los grandes fundadores de imperios de la historia. No tenemos la menor idea de cuál era su aspecto. Habrá que conformarse con un relieve tallado en su palacio: un ángel guardián de cuatro alas, alto, regio e imponente. Y también con su tumba, una pirámide escalonada del suroeste de Irán que en otro tiempo albergó un ataúd de oro y un lecho cubierto con pieles teñidas de púrpura.

Ciro permitió a los judíos regresar del exilio. Según la Biblia, proclamó su libertad para «subir a Jerusalén, que está en Judá, y edificar la casa del SEÑOR Dios de Israel (él es Dios), que está en Jerusalén».[2] Muchos de los exiliados aceptaron la oferta de Ciro. Habían transcurrido unos setenta años desde la destrucción de Jerusalén. Los retornados comenzaron a reconstruir lentamente la ciudad y, con el tiempo, también el Templo.

A primera vista, los habitantes de Judea se parecían a los demás pueblos de la región. Solían tener la piel aceitunada y el cabello negro. Los hombres llevaban barba y las mujeres se cubrían el cabello. (La kipá, o solideo, para los hombres, apareció más tarde). Como en el resto del Mediterráneo antiguo, las prendas básicas eran túnicas de lana ceñidas a la cintura y cubiertas por un manto, de colores en el caso de las mujeres y blanco en el de los hombres. Las sandalias constituían el calzado habitual.[3]

Una observación más atenta revelaba que aquel pueblo era a menudo diferente. En general, se esperaba que las mujeres de la Antigüedad vistieran con modestia, pero las judías debían prestar especial atención a llevar velo en público y mantener oculto el cabello. Algunos hombres judíos llevaban un manto con flecos (*tzitzit*) en cada esquina. Ni hombres ni mujeres mezclaban lana y lino en una

misma prenda. Algunos varones llevaban tefilín, o filacterias de cuero, en privado y, en ocasiones, también en público.[4]

Estas costumbres respondían a las leyes del libro sagrado de los judíos, la Torá, es decir, los cinco libros de Moisés. Expresaban su devoción a Dios, la única divinidad a la que rendían culto, y los distinguían en un mundo politeísta.[5] Dios, la Torá y el Templo eran «los tres pilares del judaísmo antiguo», en palabras de un estudioso.[6]

Los judíos no eran independientes. Judea –más propiamente, en aquel periodo, Yehud– era un distrito administrativo del Imperio persa, sometido a la autoridad del gobernador regional.[7] Aun así, muchos judíos consideraban que gozaban de toda la libertad que necesitaban. Podían vivir en su patria y rendir culto a su Dios en su casa, el Templo de Jerusalén. La independencia política no era necesaria ni siquiera deseable: resultaba preferible contar con un buen protector. Judea era una nación pequeña, una oveja en un mundo de lobos imperiales. Persia, que gobernaba con mano ligera, era un buen pastor.

El principal funcionario de Judea era el sumo sacerdote, encargado tanto de los asuntos religiosos como de los políticos. Trabajaba con un consejo de ancianos. El pueblo no tenía rey, y muchos judíos se alegraban de ello. La monarquía no encajaba fácilmente con un pueblo cuyo rey era Dios. Sin embargo, los judíos habían tenido reyes en el pasado, buenos y malos, y volverían a tenerlos.

Judea subsistió durante doscientos años, hasta que el rey macedonio Alejandro Magno conquistó el Imperio persa. Tras la muerte de Alejandro, Judea pasó de uno a otro de los reinos sucesores. Las ciudades de la costa mediterránea y las situadas al este y al sur del mar de Galilea eran mayoritariamente paganas y de cultura griega. Varias habían sido pobladas por veteranos de Alejandro. Los judíos también sintieron el impacto de la cultura griega. El helenismo representaba la ola del progreso, o al menos así lo veía una parte de la élite judía. Sus miembros colaboraron con el rey grecomacedonio de Siria para convertir Jerusalén en una ciudad pagana y encaminar la religión judía hacia la extinción. Entonces, una rebelión iniciada en el 167 a. C. por los miembros de una familia sacerdotal, los Macabeos, terminó por expulsar a los sirios de Judea. Hacia el 140 a. C., Judea era semiautó-